

PANTALLAS DE LETRAS TEMBLOROSAS

El hombre con sus manos, moviendo de modo milagrosamente coordinado todas sus articulaciones, pero sobre todo apoyado en la potencia de sus diez dedos, es capaz de trenzar esparto, tallar dioses de madera, lanzar con precisión, teclear en un ordenador, escribir, construir templos, coser. Por si sola, esta sería una de las grandes diferencias con una imaginaria inteligencia de las ballenas: las manos habilidosas del homo habilis.

Además se dota de herramientas prolongadoras; el martillo, cuchillos, lápiz, hasta llegar a la herramienta industrial, la máquina: los molinos de viento, la lavadora, y un innumerable etcétera de instalaciones industriales y electrodomésticos, donde deja de ser la fuerza y la habilidad de su brazo el que construye la realidad. Este es el hombre tecnológico.

Andando el tiempo llegó un día, en que lo tecnológico se inmiscuyó en el misterioso lenguaje de los hombres. Hablado, este galimatías de signos articulados, permite comunicar conocimiento y experiencias. ¡Qué sencillo invento, y qué a la medida del hombre! Artificio que permite contar con palabras como cazó el león a la gacela, en lugar de tener que usar máquinas o artilugios para pintar o hacer un documental o escribir un libro. La palabra, el lenguaje, exige al hombre común de realizar creaciones artificiosas para completar la comunicación. La expresión está al alcance de todos, como respirar o comer.

No sabían qué hacían los que inventaron la escritura. Tras muchos años habíamos aprendido a escribir con un bolígrafo, y por fin escribir era tan sencillo como hablar. ¿Qué hay más inmediato que hablar o escribir para fijar y comunicar conocimiento?.

Luego se puede transmitir por radio o imprimir un libro, o grabar en disco o lanzar un periódico, pero el hecho básico ya está ahí. Todo lo que viene después, desde el ordenador a Internet, pasando por la impresora o la televisión, son capas que se superponen al milagro básico del lenguaje.

Pero la imaginación apocalíptica ya ha caído en la cuenta de que el ordenador es una máquina diabólica, porque aparte de los chips y placas que conforman su procesador, y a través de sus tentáculos de cables y puertos, llegan a una pantalla, un escáner, una impresora. Es un cerebro real, que se comunica generalmente de modo simbólico, con palabras, dibujitos o sonidos, pero que también puede hacerlo de modo mecánico: abriendo una puerta, apagando la luz, o lanzando un misil.

Cuando el ordenador deja de ser únicamente un gran centro de proceso de datos, se transforma en una máquina de escribir personal. John Varley expone en uno de sus relatos, 'La palabra no procesada' que no es lo mismo un texto hecho a mano, que uno procesado. "Cuando el procesador de textos es desconectado de su máquina, ¡todas las palabras desaparecen! La pantalla queda en blanco." Por eso crea la marca VarleyRelatos, creados "utilizando únicamente ingredientes naturales: el más puro papel, cintas de carbón para máquina de escribir, lápices, bolígrafos, ideas y creatividad". No es el único que ha notado una mirada insidiosa en su ordenador, distinta a la de la tierna hoja de papel cuadriculado. Carlos Cañeque, en su libro "Quién", escribe en palabras de un profesor de universidad que pretende escribir un libro en su año sabático, "El ordenador que me mira por el ojo grande de su pantalla luminosa es el gran cómplice de este reto que he tramado contra mí mismo. Frente a él imagino todas las cosas; algunas las escribo y otras las olvido." Al ordenador se le trata como un confidente, al papel es invisible y solo vemos al lector o a la fama. "Frente a mi ordenador el mundo cobra un sentido más intenso y me sueño convertido en escritor".

Desde que la electrónica invadió el campo de la tipografía, la seducción de la pantalla parpadeante y la impresión automática nos hace desear el acto de la escritura, independientemente del texto resultante. Mario Benedetti nos relata en su cuento 'Memoria electrónica', cómo un empleado de banca desea que lleguen las tardes, para escribir en su flamante máquina de escribir electrónica, engatusado por los tipos de letras, tabulaciones, centrado automático. Y sobre todo "lo más espectacular era la Memoria. Eso de escribir un texto y, mediante la previa y sucesiva presión de dos suaves teclas, poder incorporarlo a la memoria electrónica, era algo casi milagroso". Y por supuesto, ver como escribe sola la máquina, como un autómat. Otros escritores han tratado el tema del uso de una máquina pensante para mecanografiar textos. Algunos de ellos pueden ser Stephen King en su relato 'El procesador de palabras de los Dioses', o el cuento de 'Loki 7281' de Roger Zelazny, incluido en la curiosa recopilación de relatos de ciencia ficción sobre ordenadores 'Mensajes de la era del ordenador'.

El ordenador nos permite entonces abrigar la idea de ser escritores, aunque tan solo tengamos empuje para hilvanar párrafos aislados. Luego, cuando la magia del texto sea, ya iremos cortando y pegando esas palabras de mentira. Esta limitación acabada es la que incita a Belbo, en 'El péndulo de Foucault' de Umberto Eco, a comprarse uno de los primeros ordenadores personales, y entablar una íntima relación con su procesador de textos combinatorio, llamado Abulafia, donde hará ejercicios de escritura liberada de los atascos de la tinta y el papel. "Había encontrado en la máquina una especie de alucinógeno, había empezado a pasear los dedos por el teclado como si estuviese ejecutando variaciones sobre el Para Elisa en el viejo piano de la casa, indiferente a las críticas. No pensaba que estaba creando: él, aterrorizado por la escritura, era consciente de que aquello no era creación, sino prueba de eficiencia electrónica, ejercicio gimnástico." "Como quiera que fuese, su pesimismo natural, su difícil ajuste de cuentas con el pasado, se habían paliado en el diálogo con una memoria mineral, objetiva, obediente, irresponsable, transistorizada, tan humanamente inhumana que era capaz de aliviarle su habitual malestar existencial"

Ahora que se acaba esta página, podríamos pensar en aquel texto de Paul Auster, origen de un famosa película. 'Smoke', nada mejor que la historia del escritor que en un campo de prisioneros, usa las hojas del libro donde había ido escribiendo su mejor novela, para liar cigarrillos. Incuestionable ejemplo de la delicada vida de los documentos originales, acechada por mil muertes, de la que solo se han salvado por la reproducción masiva, la imprenta, la clonación de textos.

✎ Tomás Saorín